

## XXI

Fué á plantarse en su camino, en el vado del río, y al tomar ella el puente, cerca de los Dollíns, encontró al expósito á caballo sobre la tabla, con las piernas colgando sobre el agua, y en la actitud de un hombre que no lleva prisa. Se puso encarnada como una amapola, y si no le hubiese faltado tiempo para hacer la comedia de que se encontraba allí por casualidad, hubiera torcido á un lado.

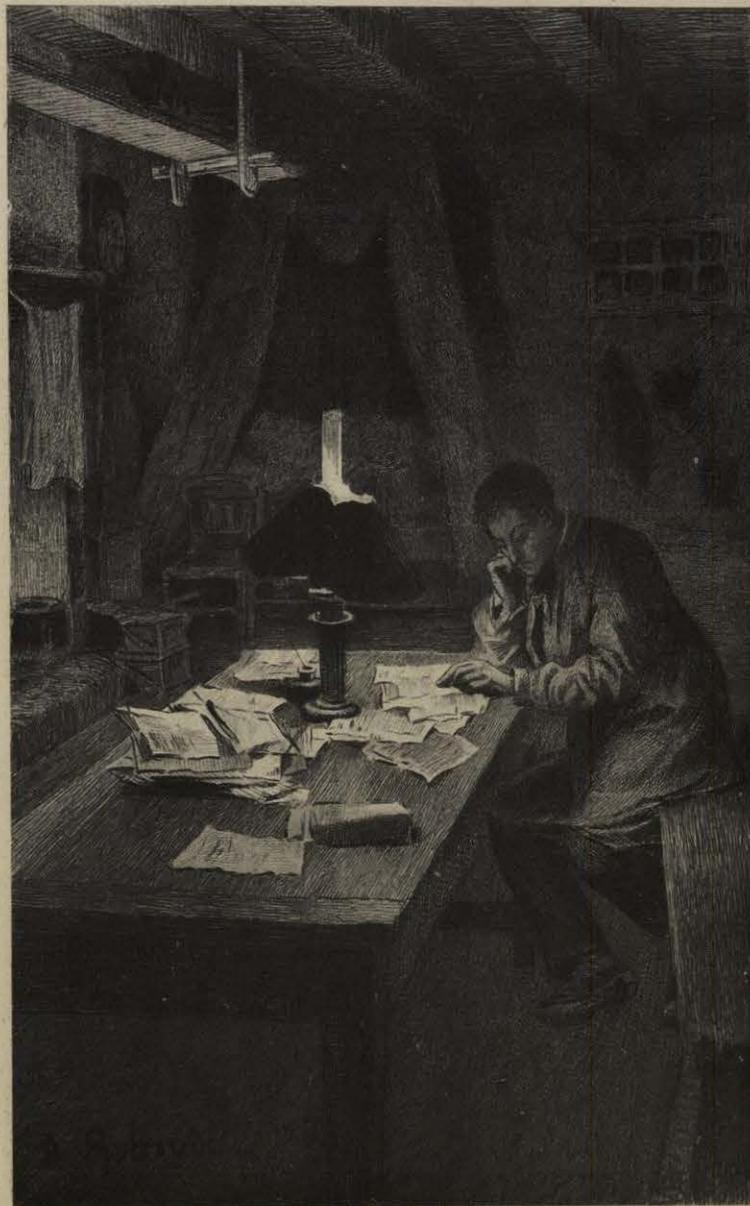
Pero como la entrada del puente se hallaba cubierta de ramaje, no vió al lobo hasta que le tuvo encima. Estaba vuelto hacia ella, y no había medio de avanzar sin ser vista.

Apelando á la audacia, dijo:

— A ver, señor molinero, ¿no se apartará usted un poco para dejar pasar á la gente?

— No, señorita, contestó Francisco, porque esta tarde soy el guardián del puente, y reclamo á todo el mundo el derecho de peaje.

— ¿Se ha vuelto usted loco, Francisco? No se pagan pontazgos en nuestro país, y usted no tiene derecho sobre ningún puente, pasarela ó pasadizo, como dicen quizá en su tierra de Aiguranda. Pero hable lo que quiera y quítese de ahí pronto: no es sitio á propósito para retozar; me haría usted caer al agua.



FRANCISCO SE PUSO Á EXAMINAR LOS PAPELES...

— ¿Se figura usted, pues, dijo Francisco, sin moverse y cruzándose de brazos, que tengo ganas de reír con usted, y que mi derecho de peaje consistiría en requebrarla? Quítese eso de la cabeza, señorita; quiero decirle cuatro palabras en serio, y voy á dejarla pasar, si me permite que la acompañe un rato para hablar con usted.

— No conviene, de ningún modo, dijo Mariquita un poco acalorada á la idea que tenía de que Francisco quería cortejarla. ¿Que dirían de mí, si me encontrasen sola por las veredas con un joven que no es mi novio?

— Es verdad, dijo Francisco. No estando aquí la Severa para hacerla respetar, murmurarían; por eso va usted á su casa, á fin de pasearse por el huerto con todos sus pretendientes. Entonces, para no molestarla, voy á hablarle aquí, y en dos palabras, porque es cosa que urge, y he aquí de lo que se trata: Usted es una buena muchacha, usted quiere mucho á su cuñada Magdalena; usted la ve en una situación apurada, y quisiera sacarla de ella ¿no es cierto?

— Si es de eso de lo que quiere usted hablarme, le escucho, contestó Mariquita, porque lo que dice es la verdad.

— ¡Pues bien!, mi buena señorita, dijo Francisco, levantándose y apoyando los codos con ella en la barandilla del puentecito; puede usted prestar un gran servicio á la señora Blanchet. Puesto que por suerte y en interés de ella, creo yo, está usted en buenos tér-

minos con la Severa, haga usted que esa mujer consienta en un arreglo; quiere dos cosas que de hecho no pueden ser á la vez: hacer la herencia de maese Blanchet fiadora del pago de las tierras que él había vendido para pagarla; y, en segundo lugar, exigir el pago de pagarés suscritos á ella misma. Por más que enreda y disputa esa pobre herencia, no hará que se encuentre en ella lo que falta. Hágale usted comprender que si no exige que garanticemos el pago de las tierras, podremos pagar las letras; pero que si no nos permite cancelar una deuda, no tendremos con qué pagarle la otra, y que haciendo gastos que nos arruinan sin ningún provecho para ella, corre el peligro de perderlo todo.

— Eso me parece cierto, dijo Mariquita, aunque entiendo poco de negocios; pero en fin, eso lo entiendo. Y si acaso yo la decidiera ¿qué valdría más para mi cuñada, pagar las letras ó quedar libre de la fianza?

— Pagar las letras sería lo peor, porque sería lo más injusto. Se puede contestar la legalidad de esas letras y pleitear; pero para pleitear se necesita dinero, y usted sabe que en la casa no lo hay, ni lo habrá jamás. Por consiguiente, que lo que le queda á su cuñada se vaya en pleitos ó en pago á la Severa, para ella es igual, mientras que para la Severa es preferible cobrar sin litigar. Arruinada por arruinada, Magdalena prefiere dejarse embargar todo lo que le queda, á quedar todavía después bajo el agobio de una deuda que puede durar toda su vida, pues los compradores de

las tierras de maese Blanchet no son muy buenos pagadores; Severa lo sabe muy bien, y un día ú otro tendrá que tomar otra vez las tierras, cosa cuya idea no le disgusta, pues es un buen negocio encontrarlas mejoradas, después de haber cobrado buenos intereses durante años. Así es que la Severa no arriesga nada con devolvernos la libertad, y se asegura el pago de las letras.

— Haré como usted dice, y si no lo hago, retíreme su estimación.

— Pues buena suerte y buen viaje, Mariquita, dijo Francisco apartándose de su camino.

La muchacha se fué á los Dollins, contentísima de tener un buen pretexto para presentarse en casa de la Severa, y estarse allí mucho tiempo y volver los días siguientes. La Severa pareció escuchar con interés lo que le refirió Mariquita; pero en el fondo se prometió no precipitarse. Siempre había odiado á la señora Blanchet por la estimación que su marido se veía obligado, á pesar suyo, á manifestar por ella. Creía tenerla en sus garras para el resto de sus días, y hubiera preferido renunciar á los pagarés, cuyo escaso valor conocía, á privarse del gusto de molestarla haciéndole llevar el endoso de una deuda sin fin.

Francisco sabía bien todo esto, y quería inducirlo á exigir el pago de dicha deuda, á fin de tener ocasión de readquirir los excelentes bienes de Juanito, volviéndolos á comprar á los que los habían tenido casi de balde. Pero cuando Mariquita le trajo la con-

testación, vió que querían entretenerle con palabras; que, por una parte, la muchacha se alegraría de hacer durar las mediaciones, y que, por otra, la Severa aun no había llegado al punto de preferir la ruina de Magdalena al dinero de sus pagarés.

Para hacerla llegar á tal extremo, cogió aparte á Mariquita dos días después, y le dijo:

— Es preciso que hoy se abstenga usted de ir á los Dollíns, mi buena señorita. Su cuñada se ha enterado, no sé cómo, de que iba usted más de una vez al día, y dice que una muchacha decente no está allí en su puesto. He procurado hacerla comprender con qué objeto frecuentaba usted la casa de la Severa por su bien; pero me ha censurado lo mismo que á usted. Dice que prefiere verse arruinada á verla á usted perder la reputación, que está usted bajo su tutela y que tiene autoridad sobre usted. Que á la fuerza se le impedirá salir, si no se abstiene usted de hacerlo de buen grado. No le dirá á usted nada, si no vuelve, pues no quiere mortificarla, pero está enfadadísima con usted, y sería de desear que le pidiese perdón.

Apenas hubo Francisco soltado el perro, éste empezó á ladrar y á morder. El expósito había juzgado bien á Mariquita, que tenía un genio pronto é inflamable como su difunto hermano.

— ¡Cómo se entiende!, exclamó; ¡yo obedecer como una niña de tres años á una cuñada! ¡Como si ella fuese mi madre y yo le debiera sumisión! ¡Y de dónde saca ella que yo pierdo mi honra? Dígale usted que

la tengo tan bien prendida como la suya, y quizá más. ¿Y qué sabe de la Severa, que vale tanto como cualquier otra? ¿Es mala mujer toda la que no se pasa el día entero cosiendo, hilando y diciendo oraciones? Mi cuñada es injusta porque está en discusión de intereses con ella, y se cree autorizada á tratarla de cualquier modo. Es una imprudencia de su parte; porque si la Severa quisiese, la echaría de casa, y lo que prueba que la Severa es menos mala de lo que dicen, es que no lo hace y tiene paciencia. Y yo que tengo la complacencia de mezclarme en sus diferencias que nada me importan, he aquí las gracias que recibo. ¡Vamos! ¡vamos! Francisco, crea usted que las más juiciosas no son siempre las más presumidas, y que yendo á casa de la Severa, hago el mismo mal que aquí.

— ¡Falta saber!, dijo Francisco que quería hacer subir toda la espuma de la cuba; su cuñada quizá tenga razón en pensar que allí no hace usted nada bueno. ¡Oiga usted, Mariquita; la veo á usted muy afanosa de ir! y eso no es natural. Lo que tenía usted que decir respecto á los asuntos de Magdalena, está dicho, y si la Severa no responde, es que no quiere. No vuelva usted pues, créame, ó bien yo creeré, como Magdalena, que no va usted con buenas intenciones.

— ¿Es, pues, cosa resuelta, maese Francisco, dijo Mariquita muy acalorada, que usted también va á echárselas de amo conmigo? Usted se figura ser aquí el hombre, el sucesor de mi hermano. Aun tiene us-

ted pocos pelos en la cara para sermonearme, y le aconsejo que me deje en paz. Servidora de usted, añadió arreglándose la cofia; si mi cuñada pregunta por mí, dígame que he ido á casa de la Severa, y si le envía á buscarme, verá usted cómo se le recibe.

Cerró tras sí con estrépito la puerta, y se fué de prisa á los Dollíns; pero como Francisco temía que su cólera se enfriara por el camino, sobre todo con el tiempo glacial que hacía, la dejó tomar un poco de delantera, y cuando la muchacha estuvo cerca de la habitación de Severa, echó á correr y la alcanzó, para hacerla creer que Magdalena le enviaba á buscarla.

Allí la picoteó de palabra hasta hacerle levantar la mano. Pero él esquivó las bofetadas, sabiendo que la cólera se disipa con los golpes, y que mujer que pega se siente aliviada de su despecho. Al llegar á casa de la Severa, la chica armó un escándalo. No es que tuviera malas intenciones, pero en los primeros arrebatos de su cólera, no supo ocultarla, é irritó de tal modo á la Severa, que Francisco, que se volvía á paso corto por el camino hondo, las oía desde el extremo del cañamar, rugir y silbar como el incendio de un almacén de paja.

## XXII

La treta surtió efecto á maravilla, y Francisco estaba tan seguro del resultado que partió al día siguiente para Aiguranda, donde retiró su dinero de casa del cura, y regresó por la noche, con sus cuatro papelitos que tanto valor tenían, y que no hacían más ruido en su bolsillo que una miga de pan en un gorro. Al cabo de ocho días, se tuvieron noticias de Severa. Todos los compradores de las tierras de Blanchet eran intimados á pagar, ninguno de ellos podía y Magdalena se veía amenazada de pagar por ellos.

Al tener conocimiento de ello, se asustó, porque Francisco no la había enterado de nada.

— ¡Bueno!, dijo éste frotándose las manos, no hay mercader que gane siempre, ni ladrón que siempre pille. Á la Severa se le va á escapar un buen negocio y el que va usted á hacer no es malo. Pero no importa, mi querida mamá, haga usted como si se viera perdida. Cuanto más afligida la vea á usted, más se alegrará de hacer lo que considera ruinoso para usted. Pero esas apariencias van á ser la salvación de usted, porque pagando á la Severa, va á recuperar toda la herencia de su hijo.

— ¿Y con qué quieres que la pague, hijo mío?

— Con el dinero que llevo en el bolsillo y que es de usted.

Magdalena quiso rehusarlo, pero el expósito era terco, según él decía, y nadie era capaz de quitarle lo que se había metido en la cabeza. Corrió á casa del notario, á depositar doscientas pistolas á nombre de la viuda Blanchet, y la Severa fué pagada quieras que no, así como los demás acreedores de la sucesión, que hacían causa común con ella.

Y cuando la cosa hubo llegado á tal punto que los pobres compradores hasta se vieron indemnizados de sus quebrantos por Francisco, á éste le quedaba aún dinero para litigar, é hizo saber á la Severa que iba á armarle un buen pleito con motivo de las letras que había arrancado al difunto con fraude y malicia. Para explicar la procedencia de aquel dinero, dijo, que al practicar un agujero en un viejo paredón del molino para clavar una estaca, él había encontrado la hucha de la difunta abuela Blanchet con monedas de oro de antiguo cuño, y, gracias á esto, Magdalena se encontraba más rica que nunca. Desalentada, la Severa entró en avenencia, esperando que Francisco se habría guardado parte de aquellos escudos encontrados tan á propósito, y que halagándole le sacaría algunos más de los que mostraba. Pero todo fué en vano, y él la urgió de modo que la hizo devolver los pagarés á cambio de cien escudos.

Entonces, para vengarse, soliviantó á Mariquita diciéndole que el contenido de la hucha de la vieja



FRANCISCO LA MIRABA DE UNA MANERA QUE LA HIZO PONERSE COLORADA

Blanchet, su abuela, debió repartirse entre ella y Juanito, que ella tenía derecho á la mitad, y que debía armar pleito á su cuñada.

Entonces el expósito no tuvo más remedio que decir la verdad sobre la procedencia del dinero que él había proporcionado, y el cura de Aiguranda le envió las pruebas para el caso de un proceso.

Empezó por enseñar dichas pruebas á Mariquita, suplicándola que no las divulgase inútilmente, y demostrándole que lo mejor que podía hacer era estar tranquila. Pero la chica no lo estaba ni poco ni mucho. Se le había calentado el cerebro con todos aquellos asuntos de familia, y á la pobre muchacha la tentaba el diablo. Á pesar de la bondad con que Magdalena la había tratado siempre, queriéndola como á una hija y pasándole todos los caprichos, había cobrado contra su cuñada una tirria y unos celos cuya causa, por un falso rubor, no se hubiera atrevido á confesar. Pero la causa era que, en medio de sus disputas y rabietas contra Francisco, se había enamorado de él, poco á poco y sin darse cuenta de la mala partida que le jugaba el diablo. Cuanto más le echaba él en cara sus caprichos y sus faltas, tanto más se pirraba ella por agradarle.

Ni era muchacha para morirse de pena ni para dretirse en lágrimas; pero no tenía reposo pensando que Francisco era tan guapo, tan rico, tan honrado, tan bueno con todo el mundo, tan hábil, tan valiente, que era capaz de dar hasta la última gota de su san-

gre por la persona que él amase; y que nada de todo eso era para ella, que podía jactarse de ser, sin embargo, la más bonita y la más rica del país, y que tenía pretendientes á docenas.

Un día abrió su corazón á su mala amiga, la Severa. Era en el pasturaje situado al extremo del camino de las Napeas. Hay por allí un viejo manzano que estaba florido, porque, mientras tanto, había llegado mayo, y como Mariquita guardaba las ovejas á la orilla del río, Severa fué á charlar con ella al pie del manzano.

Pero quiso Dios que Francisco, que se encontraba por allí cerca, oyese sus palabras; porque al ver entrar á la Severa en el pasturaje, sospechó que venía á tramar algo contra Magdalena, y como el río traía poca agua, el joven lo remontó muy quedo por debajo de los matorrales de la orilla, los cuales, en aquel sitio, son tan altos, que un carro cargado de heno podría pasar por allí al abrigo del ramaje. Una vez cerca de las dos mujeres, sentóse en la arena, sin respirar, y aguzó el oído.

Y he aquí cómo trabajaban aquellas dos buenas lenguas de mujer. Desde luego Mariquita había confesado que de todos sus galanes no le gustaba ninguno, á causa de un molinero que no era nada galán con ella, y que era el único que le quitaba el sueño. Pero la Severa tenía el propósito de casarla con un conocido suyo, que estaba enamorado de ella, tanto que había prometido un buen regalo de boda á la Severa si ésta conseguía casarlo con la pequeña Blanchet. Hasta

parece que la Severa se había hecho dar arras por éste y otros pretendientes. Así es que hizo todo lo posible para que Mariquita aborreciera á Francisco.

— ¡Mal haya el expósito!, le dijo. ¡Mariquita, una muchacha de su rango se casaría con un expósito! ¿Entonces se llamaría usted la señora Fresa? Porque él no tiene otro apellido. Vergüenza me daría por usted, alma mía. Y no esto sólo, sino que tendría que disputárselo á su cuñada, porque es su amante, tan cierto como aquí estamos las dos.

— En cuanto á eso, Severa, dijo Mariquita protestando, usted me lo ha dado á entender más de una vez; pero yo no puedo creerlo; mi cuñada ya no está en edad...

— Mariquita, su cuñada es muy joven todavía para renunciar al amor; apenas tiene treinta años, y ese expósito aun no era más que un galopín, y ya su hermano le sorprendió en trato con su mujer. Por eso un día le molió á palos y le echó de su casa.

Francisco tuvo grandes ganas de saltar á través del matorral y de ir á decirle á la Severa que mentía, pero se reprimió y se estuvo quieto.

Y sobre el mismo capítulo la Severa dijo atrocidades y mentiras tan odiosas, que á Francisco se le encendió el rostro y le costaba trabajo contenerse.

— Entonces, dijo Mariquita, trata de casarse con ella, ahora que es viuda: ya le ha dado buena parte de su dinero, y querrá tener al menos el usufructo de los bienes que ha vuelto á comprar.

— Pero le saldrá el tiro por la culata, dijo la otra; porque Magdalena buscará otro más rico, ahora que lo ha despojado, y lo encontrará. Es necesario que tome un hombre para cultivar sus fincas, y, mientras le sale uno á su gusto, conservará á ese gran imbécil que la sirve de balde y distrae de su viudez.

— ¡Si ésa es la marcha que sigue, dijo Mariquita despechada, en buena casa vivo! ¡Fuerza es que tome mis precauciones! ¿Sabe usted, mi pobre Severa, que soy una muchacha mal alojada, y que la gente va á hablar mal de mí? ¡Oh! yo no puedo seguir viviendo en tal casa y es preciso que me retire de ella. ¡Pues bien! la voy á plantar para irme á vivir con usted; y si se enfada, yo le contestaré; y si quiere obligarme á volver á su casa, le armaré un pleito y la daré á conocer, ¿entiende usted?

— Hay un remedio mejor, Mariquita, y es que usted se case cuanto antes. No le negará su consentimiento, porque estoy segura de que tiene vivos deseos de desembarazarse de usted. Usted estorba sus relaciones con el guapo del expósito. Cásese usted, pues, y elija el que yo le aconsejo.

— ¡Seal, dijo Mariquita rompiendo su cayado de un golpe contra el viejo manzano. Le doy á usted mi palabra. Vaya usted á buscarlo, Severa, que venga esta noche á casa á pedirme, y que nuestras amonestaciones se publiquen el domingo próximo.

## XXIII

Nunca había estado Francisco tan triste como lo estuvo al salir de la ribera en que se había ocultado para oír aquella charla mujeril. Tenía sobre el corazón un peso como el de un peñasco, y, á mitad de camino, á su regreso, perdió casi el valor de volver á casa, y fué, por el camino de las Napeas, á sentarse en el bosquecillo de encinas que hay al extremo del prado.

Una vez allí solo, se puso á llorar como un niño, y su corazón se derretía de pena y vergüenza; porque estaba avergonzado de que le acusaran, y de pensar que su pobre amiga Magdalena, á quien había amado tan honesta y devotamente toda la vida, no sacaría de su servicio y de su buena intención más que la injuria de ser maltratada por las malas lenguas.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!, decía hablando para sus adentros, ¿es posible que la gente sea tan mala, y que una mujer como la Severa tenga la insolencia de medir con la suya la honra de una mujer como mi querida madre? ¡Y esa Mariquita, que debiera inclinarse á la inocencia y á la verdad, una niña que aun no conoce el mal, escucha sin embargo las palabras del diablo y cree en ellas como si conociese su mordedura! Enton-